

Jaime Barrachina

Entre los varios tipos de comunicaciones que pueden presentarse a un coloquio de especialistas, he elegido el más modesto pero, tal vez, no el menos útil: mostrar una pieza sin paralelo conocido. Ello tiene dos utilidades: una, ya obtenida, consiste en las opiniones de los concurrentes. La otra, futura, dejar incluida tal pieza en la bibliografía, para facilitar las relaciones que puedan ir descubriéndose.

Esta comunicación tiene, contrariamente, sus dificultades; la rareza de la pieza la coloca, en cierta medida, fuera de todas las especializaciones, y algunos aspectos que pueden señalarse son, simplemente, tanteos.

Se trata de un «socarrat» patenero, desplazado de su lugar de origen hace pocos años y hoy en colección particular. Mide 36,5 x 42,7 x 4 cm. Su pintura es color marrón-chocolate, dando bastante grueso; se aplica sobre fondo blanco cremoso.

Presenta una orla epigráfica y un motivo central historiado, consistente en un centauro, más propiamente identificable como el Signo de Sagitario, al Qaws, según opinión unánime de Ocaña, Casamar, Valdés y Zick-Nissen.

El animal aparece pasante hacia la izquierda, galopando; su parte antropomorfa está vuelta, tensando su arco para disparar. Algunos trazos del dibujo, como las alas y varias palmetas, inscritas, aparecen en reserva. La cara y la mano van sólo perfiladas y lo demás, en tinta plana. El resto del recuadro no ocupado por el Sagitario va decorado con estilizaciones vegetales.

Las orlas ocupan los cuatro bordes: salvo en los ángulos (con sendos motivos geométricos que recuerdan una cruz de Malta) son epigráficas, repitiéndose con incorrecciones, una

aleya coránica, en letras cúficas: «Li-llah ma fi-l-s am a wat wa-l-ard wa-Allah...» («Para Dios es lo que hay en los Cielos y la Tierra, y Dios...») «-Debo la lectura y varias observaciones a la amabilidad del Sr. Manuel Ocaña-».

En cuanto a la iconografía, repito, parece que no hay duda de que se trata de Sagitario. Es lógico deducir que formaría parte de un conjunto zodiacal, del que nada sabemos de las restantes once piezas. Desde un punto de vista iconológico, es interesantísimo constatar como un tema zodiacal, asunto anterior al Islam y, desde luego, no citado en el Corán, es un cierto modo introducido en la ortodoxia por la explicación aneja de que todo lo que existe es de Dios.

En cuanto a su filiación estilística, es de difícil precisión. Con los centenares de «socarrats» pateneros conocidos, sólo tiene en común las cuatro palmetas que van inscritas en el cuerpo del animal. Es el motivo denominado «hoja copta» por González Martí (1952). Toda otra relación estilística es vaga.

Subjetivamente, yo veo alguna relación con la decoración cerámica nazarí, relación referible, por ejemplo, al *horror vacui* que genera alrededor del animal todo el fondo lleno de estilizaciones vegetales, como en algunos azulejos malagueños (Llubí, 1967). Algunas de estas hojitas tienen también su paralelo granadino (Frothingham, 1951).

En fin, se trata de una pieza mudéjar sin influencia gótica.

En cuanto a su cronología, la bibliografía general fecha la producción patenera de «socarrats», en bloque, en el s. XV. Esto es totalmente revisable, y desde luego debemos fechar la presente pieza en los inicios de la manufactura, es decir, hacia 1400 o, mejor, en el s. XIV avanzado.

## BIBLIOGRAFIA

FROTHINGHAM, Alice Wilson, 1951: *Lustreware of Spain*. Nueva York, Hispanic Society, p. 67.

GONZALEZ MARTI, Manuel, 1952: *Cerámica del Levante Español. Siglos Medievales*. Barcelona, Labor, vol. III, pp. 369-374, figs. 485-9 y 496-507.  
LLUBIA, Luis M., 1967: *Cerámica medieval española*. Barcelona, Labor, figs. 142-3.

